

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

Panegírico de San Luis Gonzaga.

—
Dilectus meus mihi, et ego
illi. CANT. II.
—

Hoy es el día que ha hecho el Señor, día elegido por los jóvenes congregantes de San Luis Gonzaga para celebrar las glorias de su angélico patrón. Saltemos de gozo y sea grande nuestro júbilo en un día tan glorioso para Luis Gonzaga, y tan fecundo en gracias, y consuelos para los piadosos congregantes. *Exultemur et letemur in ea.*

Conviene desplegar la blanca bandera de San Luis para contemplar los santísimos lemas que ofrece á sus amados congregantes como enseñanzas sublimes de virtud y como normas seguras de conducta. Hoy es el día en que parece mas hermosa su figura y

mas penetrante la voz de sus ejemplos. Hoy suena en vuestros oídos suave como el murmullo del arroyuelo, dulce como el suspiro de la paloma la voz de San Luis que os dice: «Sed vosotros mis imitadores como yo lo fui de Cristo.» Yo fui como la flor del campo y como el lirio de los valles.» Mi amado fué para mí y yo fui para mi amado que se apacienta entre azucenas.»

Admirable se muestra el Señor en este joven por la solicitud amorosa con que cultiva su inocente corazón y por la abundancia de dones y carismas que derrama en su alma; pero también sorprende, y encanta la sublime abnegación y la fiel correspondencia de Luis á la par que su celo ardentísimo por la gloria de su amado. Vamos á estudiar la vida de este joven admirable;

vamos á recrearnos en la contemplacion de sus méritos y virtudes; vamos á tejer una guirnalda de alabanzas para su virginea frente, considerando sus grandezas para admirarlas y sus virtudes para imitarlas.

Así comprenderemos lo que hizo el Señor para santificar á San Luis y lo que hizo San Luis para agradar al Señor.

Pidamos antes los auxilios de la divina gracia, acudiendo á nuestra excelsa patrona que escucha siempre con oído de madre las demandas de sus hijos, y saludemosla reverentes con las palabras del ángel.

Ave Maria.

Dilectus meus etc.

Aunque el mundo conceda su admiracion y otorgue sus alabanzas á las glorias terrenas; aunque se postre de hinojos y rinda toda clase de homenajes á los poderes triunfantes, á los talentos y á la fortuna; aunque levante sobre las nubes las hazañas de sus héroes, el lustre de su linage, el esplendor de sus nombres, y las dichas que disfrutaron en su vida, yo digo que todo eso no es otra cosa que vanidad de vanidades y afliccion de espíritu. Si; todas las grandezas humanas son mentiras brillantes, flores engañosas que solo sirven para seducir por un

momento el corazon humano con un fantasma de felicidad, solo fecundo en ilusiones funestas y terribles desencantos. No admiro yo á S. Luis porque nació en dorada cuna, ni vengo á encomiar sus títulos y blasones: Que la nobleza sin virtud es una flor, pero sin aroma, un astro, pero sin luz: las virtudes cristianas son los únicos tñbres que yo busco en la vida de nuestro santo, y los dones divinos las verdaderas riquezas que hacen al hombre dichoso y bienaventurado. Y es maravilla en efecto que, aun nacido de padres nobles, y educado en las córtes de Florencia y de España, aun solicitado por los halagos de la vanidad, del fausto y de los placeres, crecía este niño en edad, sin contraer los pecados del mundo, antes bien se conserva inocente como la paloma, y puro como la esencia de la flor que se alza fresca y lozana entre punzadoras espinas. Aun era niño de cuatro años, y ya brillaban en su espíritu ideas celestiales, como en una noche de verano refleja una fuente clara y tersa la imágen del cielo sereno que vibra en su fondo por los rayos de las mil rutilantes estrellas, dibujadas como diamantes en la azulada bóveda del firmamento. Aun no habia llegado á los años de la discrecion,

y cuando su madre no le veía á su lado, preguntaba por él, iba en su busca y hallábase en el último piso de la casa, ó en el sitio mas retirado de ella, puesto de hinojos, con la cabeza inclinada, con las manos sobre el pecho, absorto como un contemplativo. Para obligarle á interrumpir su fervorosa meditacion, era preciso decirle que imploraba su caridad un pobre de Jesucristo. Levantábase al punto, corría alegre á verlo, volvía al lado de su madre, y pedía algo para socorrer al mendigo. No es de extrañar que esta mística flor del campo recrease con su suave aroma á los domésticos y cortesanos, y que á todos dejase maravillados con sus bellezas, y especialmente á su madre que se miraba en él como las flores en el espejo de mansa y cristalina corriente, que cogiéndole en sus brazos decía de él lo que Isaac decía de su amado Jacob: *Ecce odor filii mei sicut odor agri pleni cui benedixit Dominus*. Bendicion de Dios es toda la vida de Luis; bendicion de Dios es esa virtud que nace en su corazón tan naturalmente como nace la belleza de las flores en el campo; bendicion de Dios es su candor angelical, y bendicion singular su incomparable inocencia. Oid, oid los suspiros de este pecador inocente:

«¿Hasta cuándo, Señor, sereis paciente conmigo? Tened piedad de mi, según la muchedumbre de vuestras misericordias.» Me otorgareis el perdón de mis pecados? Así pedía misericordia este niño que era tan puro como un ángel de los que sirven ante el trono de Dios. Así hacía penitencia el que no había perdido la inocencia. ¿No habeis oído hablar de su famosa conversion? Solía decir suspirando que la había dilatado hasta la edad de siete años. Entonces fué cuando este inocente pecador se postró á los piés del confesor, pero tan confundido y avergonzado que los sollozos ahogaban su voz. Maravillado el sacerdote, le llenó de caricias para consolarle, y preguntado por la causa de su confusion y de sus lágrimas, el niño le dijo que era un grande pecador, que había cogido furtivamente un poco de pólvora, y mas aun, que había proferido alguna palabra desentonada. Y era tan viva su contricion que le hizo palidecer, y cayó al suelo desmayado, pudiendo ser ejemplo y envidia á los penitentes de Egipto y avivar la piedad de los ángeles del cielo. Reconoced, vosotros, jóvenes congregantes, el horror que el niño Luis sentía hácia el mónstruo del pecado, y confesad que no hay ba-

luarte mas poderoso contra los asaltos del demonio, del mundo y de las pasiones. Mirad el pecado como la mayor desdicha, y llorad como Luis si por ventura lo habeis cometido. Encantadoras me parecen las muestras de dolor que da este niño por culpas levisimas, que quizá ni ese nombre merecen, y hermosas como perlas se presentan á mis ojos esas lágrimas que corren por sus mejillas. ¿Llorais así vosotros al confesar vuestros pecados? Es así vuestro dolor y arrepentimiento? El niño Luis que no ha conocido pecado mortal, que no ha perdido la inocencia, llora inconsolable por faltas pueriles, las escudriña, y condena con singular rigor, se desmaya por haberla cometido, las recuerda toda su vida, y llora al recordarlas. Quizá vosotros bebeis el pecado como el agua, y haceis vuestras confesiones sin dolor, olvidando que sin la contricion y sin propósito de enmienda no purifica la Confesion, ni santifica la Comunión, antes bien el que se confiesa mal y comulga en pecado, aumenta sus culpas, y se traga su propia condenacion, aconteciendo que los jóvenes sacrilegos se precipitan despues en nuevos pecados, y crecen en la malicia á medida que adelantan en edad.

Poned los ojos en vuestro modelo, y advertireis que durante el curso de su vida no halló acusacion contra si mismo. Viviendo entre peligros se conservó intacto como la flor entre las espinas, y su rarísima pureza nunca fué empañada ni por la mas leve mancha siendo opinion del sábio Belarmino que el Señor le confirmó en su gracia desde el dia de su bautismo. Prodigiosos y abundantes fueron sin duda los dones que recibió San Luis, y dulcísimas las bendiciones que el Señor derramó en su alma. Aquella sensible inclinacion que desde su infancia le llevaba hácia Dios, aquella inocencia incomparable en que vivió, hallándose en medio de las vanidades y corrupciones del siglo, aquella fervorosa oracion continua y jamás interrumpida por la mas ligera distraccion, aquella rarísima pureza, que mantuvo siempre en su cuerpo, y que le hizo igual á los ángeles que carecen de cuerpo, dones fueron excelentes, muy singulares y perfectos con que Dios enriqueció á San Luis para probarle su amor y darnos una muestra de las riquezas de su bondad infinita, y de los tesoros que tiene reservados para los que le aman. *Dilectus meus mihi.*

VARIEDADES Y NOTICIAS.

El Domingo.

Creyente.—¿A dónde vas con tanta precipitación?

Incrédulo.—A reunirme con los amigos para ver si quieren que vayamos á los toros esta tarde. Ningun día me parece mas soso que el domingo. No sabe uno qué hacer: y hay que matar el tiempo de alguna manera. O los toros, ó el teatro, ó al café: de aquí no se puede salir.

Creyente.—Yo te creía el mas feliz de los hombres: tienes una posicion regular, sé que trabajas poco, cuentas con muchos amigos etc., etc., y te felicito por ello.

—Incrédulo.—Pues mira, eres un creyente bobalicon: no soy tan feliz como piensas: mi posicion dista mucho de ser desahogada: los amigos suelen ser *nomine tenus*, como decíamos en el aula. En fin, no soy sugeto á propósito para recibir felicitaciones.

Creyente.—¿Qué no?

Incrédulo.—Te digo que no. ¿Ves como tus creencias eran vanas? Así te acontece en todo. Eres un creyente seráfico; pero, amigo mio, yo tengo una complexion menos dispuesta á creer absurdos. Hago profesion de incrédulo; y esta profesion me impide caer en las trampas en que tú andas preso.

Creyente.—Poco á poco. No creo todas las cosas por igual manera. Te creía feliz, pero no hubiera hecho sacrificio alguno por sostener y confirmar esa creencia sinónima de imaginacion ó de pensamiento. Tocante á los asuntos reli-

giosos hago profesion de creyente; porque no me parece absurdo creer lo que Dios ha revelado y la Iglesia me propone.

Incrédulo.—Siempre salis con un párrafo del Catecismo. Pareceis muchachos de la escuela.

Creyente.—Pareceo lo que tú quieras; pero me glorio de parecer *católico, apostólico, romano*. Y no me pena conocer y recordar el Catecismo; porque hasta el presente ignoro que haya otro libro mas interesante ni mas provechoso que ese.

Incrédulo.—Para tí que eres creyente ciego de lo que ese libro dice, no lo extrañó; pero para mí hay otros mas provechosos é interesantes, los cuales me impiden prestar asenso á las proposiciones que aquel contiene.

Creyente.—¿Por ejemplo?

Incrédulo.—Por ejemplo la que se refiere á los tres dioses, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Creyente.—Calla, blasfemo. No cuélgues al Catecismo cristiano las ignorancias y las mentiras que brotan de tu cerebro.

Incrédulo.—¿De mi cerebro?

Creyente.—Sí. Hoy precisamente, si no lo sabes (y te convendría saberlo mas que si hay funciones de toros y de teatros) celebramos la fiesta de la Santísima Trinidad. No hay niño que ignore que el Catecismo admite y enseña á creer en un solo Dios, infinitamente bueno, sábio, poderoso, principio y fin de todas las criaturas, premiador de buenos y castigador de malos.

Incrédulo.—Pase, pero contéstame: ¿El padre es Dios?

Creyente.—Ciertamente.

Incrédulo.—¿El Hijo es Dios?

Creyente.—Sin ningún género de duda.

Incrédulo.—¿El Espíritu Santo es Dios?

Creyente.—En realidad de verdad.

Incrédulo.—Luego según las reglas de mi aritmética, que es parte de las ciencias exactas, un Dios más un Dios más un Dios son tres dioses: $1 + 1 + 1 = 3$.

(Continuará.)

J. M. B.

En 1844 visitaba Londres el Czar de todas las Rusias, Nicolás I, y el pueblo, orgulloso con tal visita, facilitaba al autócrata el exámen de lo más notable que en Londres se encierra.

Un domingo temprano se presentó un ayudante del Czar en la fundición de Nasmyth, en cuyo establecimiento ensayaba sus nuevos cañones el ingeniero Withworth, manifestando de parte de su amo y señor el deseo de ver por la tarde la fundición y ensayos.

Nasmyth se inclina dando las gracias y manifestando que se honraria mucho de recibir á tan gran emperador, pero que siendo domingo no podía ofrecer á S. M. el espectáculo de la fundición y máquinas en movimiento.

—Siquiera una hora ó dos le bastaría á mi soberano; dad la orden y os lo agradecerá lo mismo que si os lo pidiera vuestra graciosa soberana.

—Señor ayudante, dijo Nasmyth, el agrado de Dios me es más querido que el de vuestro soberano; aunque yo diera la orden para el trabajo, los obreros me obedecerían, pues son los primeros en cumplir el precepto del domingo.

Por último, á mi reina no me hallare en el caso de desobedecerla, porque jamás se le pasará por la imaginación el disponer que mi fábrica trabaje en domingo.

Este suceso es ejemplar, y sensible que algunos católicos no hagan suya la respuesta de Nasmyth.

—=—

En Trephest (Irlanda) se ha abierto una suscripción, á la que contribuyen con grandes cantidades todos los católicos para construir un asilo de niños pobres que perpetúe la celebración de las Bodas de Oro de su Santidad.

—=—

En algunas parroquias pobres de Francia faltan muchos vecinos á la misa porque no hay quien toque las campanas.

El alcalde y los concejales votan el sueldo para un campanero, pero el Prefecto anula la partida.

Entonces se queja el alcalde de que se le ha prometido la libertad de gobernarse los pueblos según sus deseos, y el Prefecto contesta: es verdad, pero la libertad no se refiere por ahora ni á la Iglesia, ni á las escuelas, ni á la doctrina; quizás un día se conceda todo eso. Mi deber, dice el Prefecto, es impedir á los Ayuntamientos el hacer locuras; así como los tutores y curadores están instituidos para impedir la ruina de los menores, yo estoy aquí para impedir los gastos inútiles de los Ayuntamientos; por eso suprimo la partida del campanero. Así una representación del Estado *todopoderoso* se cree facultado hasta para impedir los toques de campanas.

—=—

La Real Academia de Bellas Artes ha acordado sean declarados monumentos nacionales las históricas catedrales de Tarragona y Lérida.

—=—

En los días de la feria que ha tenido lugar en Córdoba se han distribuido á los pobres de la ciudad por aquel ayuntamiento 4.000 libras de pan.

—=—

El movimiento de conversión al catolicismo continúa en Alemania. Dos notables personajes han abjurado del protestantismo, abrazando la verdadera fé; el uno M. de Hillern, distinguido escritor público, ante el Arzobispo de Friburgo, y además el Barón de Lossberg, sobrino del general del mismo nombre, ante el Obispo de Fulda. La Gaceta de Frankfort dice además que dos pastores protestantes han adjurado sus errores en Maguncia, ingresando en el seminario de Lichstadt.

—=—

Las últimas noticias del Canadá son las de haber sido aprobado el bill que reconoce existencia civil á la Compañía de Jesús en aquella colonia.

—=—

El Rdo. Padre Monsabré, el eminente orador de las Conferencias de Nuestra Señora de París, ha ido á Lila con objeto de interesar á los católicos en favor de las escuelas parroquiales pobres. Después de una conferencia, la Junta de la obra de las escuelas ha dirigido una excitación entusiasta, y el resultado ha sido una colecta de 56.500 francos.

—=—

¡DETENTE!

¡EL CORAZON DE JESÚS ESTÁ CONMIGO!

(Conclusion).

III.

¡AMOR QUE DEFIENDE! No lo ves, alma mía, y se halla junto á tí, rodeándote de su afecto como un escudo, cubriéndote de su amor como la gallina cubre con sus alas á sus queridos polluelos.

Anda, anda sin temor en la vida, que no estás sola, y aquel que está contigo se llama *Dios fuerte y Todopoderoso*.

Si dudas, echa una mirada á tus años pasados. ¡Cuántos marchaban á tu lado al principio de la vida, que han caído en el camino asustados de las dificultades de la virtud, ó atraídos por engañosos placeres! Y tú continúas la marcha hácia la eternidad bienaventurada.... ¡Quién te ha sostenido contra el desaliento?

¡Cuántos también trabajaban á tu lado en la juventud, y han caído vencidos por los respetos humanos ó por las pasiones mundanas! ¡y tú prosigues en paz luchando por el Señor! ¡Quién te sostuvo contra los ataques incesantes? ¡Anda y no tengas miedo!

¡Oh vigilancia de la madre junto á la cuna del niño! ¡Oh solicitud del padre guiando á su hijo por en medio de la tumultuosa muchedumbre! ¡Oh cuidados perseverantes del amigo que se sacrifica por proteger á su amigo!

IV.

EL CORAZON DE JESÚS ES AMOR QUE DA. El es quien todos los días me viene á decir: *Pide, hijo mio, pide y yo te daré*. El, quien se queja con un acento dolorido que me conmueve. *Pero, hijo mio,*

no me has pedido nada todavía. El, quien al verme desalentado alguna vez, porque tarda, repite: *Pide otra vez, grita, importuna...*

Él, que no obstante mi indiferencia, me concede cada momento gracias nuevas.

La palabra afectuosa que me ha reanimado esta mañana, cuando mi ánimo desfallecía, Jesús es quien la ha inspirado.

La satisfacción que yo no esperaba, Jesús es quien me la ha proporcionado.

La persona que me ha recibido con benevolencia cuando yo temía su sequedad y dureza, por Jesús ha sido ablandada y humanizada para mí.

La contrariedad que me ha impedido hacer lo que quería, y que ha evitado una humillación, según lo he comprendido después, Jesús la ha suscitado.

La pena que he soportado con resignación, Jesús me la ha enviado para hacerme merecer. ¡Oh! ¡Si yo supiera amar, cuán bien acertaría á comprender.

V.

EL CORAZON DE JESÚS ES AMOR QUE CURA. Basta á una alma hallarse en pleno sufrimiento, para que Jesús venga en cierto modo *mas cerca* de ella.

Escucha como madre vigilante todos los gritos que parten de la tierra. Y cierto que, para su amoroso Corazon, no es la voz solamente la que clama, sino toda pena, todo dolor, toda prueba que Jesús acoge benévolo, cariñoso, compasivo. Y si no cura siempre, es porque el dolor tambien tiene su misión, pero consuela y sostiene siempre.

Escucha además la turbación y el remordimiento del alma culpable, y cerca de esta alma que se halla en pecado, corre por ventura con mas solicitud y amor.

Y cura sin duda las llagas del Samaritano, y corre tras la oveja descarriada, y pone en movimiento la creación entera para traer al redil al alma culpable. Hácela encontradiza con un sacerdote, que aquel día justamente tendrá una mirada mas afable, una sonrisa paternal para el pecador. Dale gracias mas eficaces, remordimientos que le atemorizan, pónelos á la vista muertes repentinas que le espantan.

Hace llegar á sus manos una página interesante que contiene un pensamiento especial para él..

¡Oh, amor!, ¡oh, amor de Jesús!, ¡oh, si yo supiese amar, cuánto mas sabría comprender?

PEPITAS DE ORO (*Paillettes d'or*).

Coleccion

DE

Sermones, homilias y panegiricos,

obra original

escrita

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas, en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

Tambien se remiten por 14 misas. Los pedidos al autor.